EL QUIJANISMO DE DON QUIJOTE

POR

LUIS ROSALES

No suele comprenderse la armonía del mundo cervantino. Lo verdadero es lo total, dice Hegel. Somos parciales contra Cervantes. Siempre que se comenta y analiza el carácter de Don Quijote suele incurrirse en el mismo error: nadie recuerda su relación con Alonso Quijano. Un hidalgo manchego, de cuyo nombre nadie quiere acordarse, se ha convertido un buen día, por propia decisión, en Don Quijote. Esto es todo. El personaje inventado ha destruído a su inventor. Pero, además, cuando algún crítico recuerda al buen hidalgo, su mención suele tener carácter desestimativo. Es opinión sumamente generalizada subrayar que, a la hora de la muerte, Alonso Quijano el Bueno es el representante de la cordura antiquijotesca (1). No entraremos en el tema. Aquí, y ahora no nos interesa estudiar la personalidad del protagonista (2), sólo queremos escribir "unas cuantas palabras verdaderas" (3) sobre el quijanismo de Don Quijote.

Hora es ya de decir algo que es obvio y, sin embargo, muy a pesar de este carácter, nunca es tenido en cuenta. Entre Alonso Quijano y Don Quijote no existe la menor contradicción. El Caballero de la Triste Figura no es otra cosa que el proyecto vital del hidalgo manchego y su continua y sucesiva dimensión de futuro. El personaje real que actúa durante toda la novela sigue siendo, sin duda alguna, Alonso Quijano, aún cuando el genio de Cervantes nos lo haya hecho olvidar completamente. Así, pues, conviene advertir que Alonso Quijano y Don Quijote no son dos personajes sucesivos, ni aun dos etapas sucesivas de un mismo personaje, sino dos actitudes vitales que colaboran simultáneamente en la creación de la personalidad de nuestro héroe. Es cierto que el proyecto vital puede modificarnos totalmente, y en tal caso equivale a una verdadera "conversión". En efecto, Alonso Quijano, el hidalgo manchego, se convierte —hasta cierto punto— en Don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura. Pero creo que conviene hacer varias aclaraciones al respecto: 1.º Sólo se puede interpretar correctamente la personalidad de Don Quijote considerándola como

---

(1) La opinión crítica desestimativa, encabezada por el libro de Suarés, es muy frecuente. En su hora trataremos el tema.

(2) Estudiaremos la personalidad de Don Quijote en el segundo volumen de nuestra obra.

(3) Antonio Machado: *O. C.*, pág. 97.

un cierto desdoblamiento de Alonso Quijano el Bueno. Cada uno de estos nombres no representa dos etapas sucesivas, sino dos aspectos simultáneos de un mismo personaje, y no se pueden separar sin destruirse. El hidalgo y el caballero equivalen al plano proyectivo y al plano real de un mismo ser. No lo olvidemos. 2.º Pero, además, la relación entre Alonso Quijano y Don Quijote es mucho más estrecha y necesaria de lo que suele creerse. Se distinguen en algo; se parecen en mucho. El "quijotismo" y el "quijanismo" son actitudes vitales diversas, pero complementarias: tienen un mismo fundamento. Lo importante es saber en qué medida se articulan en la conducta del protagonista, y éste es el tema que ahora nos proponemos estudiar.

No juzgo necesario hacer hincapié sobre las peculiaridades del "quijotismo". Es el aspecto más certeramente estudiado del *Quijote*. Trataremos de destacar únicamente su rasgo más conocido y definidor: la idealización de la realidad *interpretándola* desde un punto de vista único: el ideal caballeresco. (Conviene repetir de cuando en cuando que Don Quijote no es un puro idealista: su idealismo tiene un carácter histórico y concreto muy definido: el ideal caballeresco) (4). La ilusión modifica su percepción del mundo y ve las ventas como castillos, las rameras como damas y los molinos de viento como gigantes opresores.

Ya sé quién soy, Don Quijote,
gracias a ti, mi señor,
y sé quién es nuestra España
gracias al divino amor.
Salía el sol por la Mancha
cuando saliste a la flor
de tus hazañas de ensueño
dándole al cielo esplendor.
Espejo del alma andante,
caballero del error,
erraste entre los embustes
del protervo encantador.
¡No es sólo sueño la vida,
que es engaño, y el honor
es conquistar lo soñado
con sueño reparador! (5).

En estos versos del *Cancionero*, de Miguel de Unamuno, se delimita de manera muy próxima lo que a nuestro modo de ver constituye el meollo del quijotismo.

Considerado desde la vertiente "quijotesca", la peculiaridad más relevante de nuestro héroe consiste en "dar por cierto lo soñado" (6).

---

(4) De aquí proviene el anarquismo individualista de Don Quijote, apuntado, como hemos visto, por Menéndez y Pelayo.

(5) Miguel de Unamuno: *Cancionero*. Ed. Losada (pág. 156), Buenos Aires.

(6) Estudiaremos el tema a tratar del estilo cervantino.

Recordemos que cuando Sancho establece ciertas comparaciones impertinentes, acertadas y provechosas, entre la princesa Micomicona y Dulcinea, Don Quijote —*la ilusión no se cuenta con los dedos*— se sale literalmente de sus casillas y le contesta, tartamudo y airado, de este modo: "Decid, socarrón de lengua viperina, y ¿quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza a este gigante y hecho a vos marqués —que todo esto doy por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada— si no es el valor de Dulcinea tomando a mi brazo por instrumento?" (7). Ya está ganado el reino, descabezado el gigante y Sancho Panza, sin haberse enterado, ya es marqués y desagradecido, pues no comprende que debe el título a Dulcinea. Recordemos también los pensamientos de Don Quijote cuando descansa, bizmado por los yangueses, en la venta. "Imaginó haber llegado a un famoso castillo, y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida por su gentileza, se había enamorado de él y prometido que aquella noche a furto de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza. Y teniendo toda esta quimera, que él se había fabricado, por *firme y valedera,* se comenzó a acuitar y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver. Y propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su Dueña Quintañona se le pusiesen delante" (8). No es preciso insistir (9). La ilusión modifica la percepción sensorial de Don Quijote, le hace ver lo que no tiene ante los ojos y le lleva continuamente a considerar realizados sus sueños. Desde la vertiente del "quijotismo" la cualidad más destacada de nuestro héroe estriba en "dar por cierto lo soñado". Abandonemos esta cuestión: nos interesa más considerar en qué consiste el "quijanismo".

Recordará el lector que habíamos dicho anteriormente que quijotismo y quijanismo son actitudes vitales complementarias que giran alrededor de un mismo eje: la indistinción entre la apariencia y la realidad que es tan característica de nuestro héroe. Pero no hay tal indistinción. Conviene dar un paso hacia adelante y deslindar el tema. El quijotismo estriba, en fin de cuentas, en convertir la realidad en ilusión. Bella, noble y utópica actitud. El quijanismo estriba, en cambio, en convertir la ilusión en realidad. Bella, noble y ejemplar actitud que en su

---

(7) *Quijote* (I, cap. XXX).
(8) *Quijote* (I, cap. XVI).
(9) Véase otro pasaje en que Don Quijote se coloca en esta misma actitud de dar por cierto lo soñado: "y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; al cabo al cabo cuando esperaba palmas, triunfos y coronas grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces" (II, cap, LIX).

día discriminaremos punto por punto: es una de las intuiciones cervantinas más sorprendentes y originales.

Don Quijote es un personaje sumamente complejo. No lo quisiéramos nosotros simplificar: no sería buen servicio; sólo queremos esclarecerlo. Entre los muy diversos elementos que constituyen su personalidad consideramos más decisiva la vertiente que corresponde al "quijanismo" que la vertiente que corresponde al "quijotismo". La primera de estas vertientes, el "quijanismo", no estudiado hasta ahora, consiste en el descubrimiento de la verdad vital (10) o, dicho de otro modo, en convertir una ilusión en esperanza y realidad de vida. Veamos cómo se verifica este descubrimiento en los dos rasgos que juzgamos esenciales en el *Quijote* de 1615: la invención de Dulcinea y la necesidad de confirmación de la fe personal de Don Quijote.

LA INVENCIÓN DE DULCINEA

La aventura del engaño buscado.

Para comprender la evolución que se ha operado en el pensamiento de Cervantes al comenzar a escribir la segunda parte de la novela conviene recordar la tercera y última salida de Don Quijote (11). Las dos primeras salidas estuvieron gobernadas por el azar; ésta, en cambio, tiene un propósito definido: ir al Toboso para tomar "la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, porque ninguna cosa de esta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas" (12). A Sancho no le agrada este proyecto, temiendo se descubran sus trapacerías cuando el negocio de la carta, e intenta disuadir a su señor: "Yo así lo creo, respondió Sancho, pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarle, ni verse con ella en parte a lo menos que pueda recibir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena" (13). A Don Quijote no le importan las restricciones y tapamientos de Sancho; sólo le importa verla, sea por lonjas, miradores y galerías o por el ven-

(10) El tema de la verdad vital ha encontrado su mejor desarrollo en la obra de Kierkegaard. Así leemos en su diario (agosto 1835): "Lo que importa es comprender para qué estoy destinado, ver qué es lo que Dios quiere que yo haga; lo que importa es hallar una verdad que sea verdad para mí, hallar la idea por la cual pueda vivir y morir."

(11) En la primera parte, Don Quijote sale al camino en el primer capítulo. En la segunda, Don Quijote sale al camino en el capítulo VII. Nada más importante para subrayar tanto el cambio de ritmo narrativo como la nueva valoración —valoración secundaria— que se va a conceder a las aventuras.

(12) *Quijote* (II, cap. VIII).

(13) *Quijote* (III, pág. 111).

tanuco de un zaquizamí; sólo le importa verla, pues sabe que una sola mirada de Dulcinea basta para fortalecer su corazón y hacerle único y sin igual (14).

En estas y otras pláticas se les pasaron tres días sin cosa digna de contar (15). "De anochecida llegaron al Toboso y al descubrir la ciudad se le alegraron los espíritus a Don Quijote y se le entristecieron a Sancho porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla y el otro por no haberla visto, estaban alborotados" (16). Y bien, mi señor Don Quijote, ya estás en el Toboso, y ahora ¿qué vas a hacer? Piénsalo bien. Sólo una vez la has visto y a hurtadillas, y hace ya tantos años que tal vez no recuerdes a Dulcinea.

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?
—¡Oh corazón falaz, mente indecisa!—
¿Era como el pasaje de la brisa?
¿Como la huída de la primavera? (17).

Tal vez ya no recuerdes si era burlona o entreverada, rubia o morena, adormecida o despierta de mirar, garza o melada, hormigueante o limosnera. Tal vez ya no recuerdes que tenía las mejores manos que había en toda la Mancha para salar puercos (18). Piénsalo bien. Tantos años de amor callado y sin arrimo, tantos años de alejamiento para hacerla a tu gusto, para vestirla de largo en tus sueños, y ahora, ¿qué? ¿Le vas a dar la mano? ¿Vas a decirle que te alegras de verla? (19). Piénsalo bien. La Dulcinea que tú has soñado no la vas a encontrar. Tal vez no existe. Pero has dicho que vive en el Toboso y ésta es la hora de estrecharse con la verdad. La vida ajusta cuentas. ¿No será cierto que Dulcinea tira la barra como el más forzudo zagal del pueblo y que es moza de chapa y romería que se basta, y se sobra, para sacar la barba del lodo a un caballero andante? Tal vez escriba su nombre con las sílabas separadas. Piénsalo bien. No todas las cosas deben llevarse hasta el cabo, ni ser vistas por brújula. Tal vez conviene que esta historia se quede donde está; al fin y al cabo, un dolor no se inventa

(14) *Quijote* (III, pág. 112).
(15) El ritmo temporal es muy distinto que en la primera parte. En la primera salida de Don Quijote, en los tres primeros días ya había ocurrido todo lo que tenía que ocurrir: la armazón de caballería de Don Quijote, la aventura de Juan Haldudo y el encuentro con los mercaderes que le descalabran y dan fin a sus andanzas. En la segunda salida, en los tres primeros días ocurre la espantable aventura de los molinos de viento, la estupenda batalla del vizcaíno y la memorable disertación de Don Quijote a los cabreros sobre la Edad de Oro. En la tercera salida no ocurre nada.
(16) *Quijote* (III, pág. 120).
(17) *Quijote.*
(18) Juan Ramón Jiménez: *Libros de poesía.* Ed. Aguilar (pág. 26).
(19) Utilizo deliberadamente la referencia al saludo moderno.

y Dulcinea ya ha comenzado a convertirse en el dolor de Don Quijote (20). Y bien, hablemos claro; ya has llegado al Toboso; ¿qué vas a hacer ahora? ¿Vas a medirte con tus sueños y enterrarte en ellos? Sancho, intranquilo, con conciencia alquilada y temerosa, espera órdenes de su señor. "Y finalmente ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche y, en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban" (21).

No lo acabamos de creer. Lo que hace Don Quijote al llegar al Toboso es detenerse y esperar. Ha dominado su impaciencia. Tal vez haya hecho bien. No hay nada tan hermoso en la vida como la expectación de la alegría. Si pudiéramos detener este instante. Si lo pudiéramos *ensanchar*. Nunca se encuentra tan *lleno* el corazón como en vísperas de alegría y nunca la esperanza es más intensa que al acercarse hacia su fin. La expectación es un milagro; reúne las alas incompatiples y fundadoras del corazón; el gozo del deseo ya casi realizándose y el sentimiento de la esperanza ya casi despidiéndose. Y bien, mi señor Don Quijote, ¿por qué razón quieres entrar de noche en el Toboso? ¿Es el tuyo un amor nocherniego, barragán y de llave maestra? ¿Vas a poner en entredicho el nombre de tu dama o sólo quieres prorrogar la expectación de tu alegría? No lo sabemos. "Media noche era por filo, poco más o menos, cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso" (22). Estaba el pueblo sosegado; la noche era clara y no se oía en todo el lugar sino ladridos de perros que turbaban el corazón de Sancho (23). En este ambiente da comienzo una escena increíble, extrema, afortunada. *El caballero y el escudero buscan a ciegas lo necesario inexistente* (24). Las callejas se pierden en la noche. Ni la ilusión de Don Quijote ni el temor de Sancho les pueden dirigir. Han entrado en el pueblo, pero ninguno de ellos sabe adónde va; ninguno de ellos conoce la dirección del palacio de Dulcinea; ninguno de ellos puede confesar que desconoce esta dirección. Sancho porque debiera haberla conocido al traer la carta; Don Quijote porque debiera haberle visitado al conocer a Dulcinea. Callan los dos en el silencio de

---

(20) En la primera parte de la obra la relación con Dulcinea es de carácter placentero; en la segunda parte, la relación con Dulcinea es de carácter melancólico.

(21) *Quijote* (III, pág. 121).

(22) *Quijote* (II, cap. IX).

(23) *Quijote* (II, cap. IX).

(24) Varias veces se alude a esta vivencia en el *Diario,* tantas veces citado, de Kafka: "Al parecer nadie tuvo tarea más difícil. Podrían decir: no es una tarea, ni siquiera es imposible, ni siquiera es la imposibilidad misma; no es nada; ni siquiera existe más de lo que existe el hijo que anhela una mujer estéril. Sin embargo, es el aire que respiro mientras siga respirando." (Kafka: *Diario. 21 enero 1921.*) *Juzgo sumamente expresivo el símbolo* del hijo que anhela una mujer estéril para representar "lo necesario inexistente".

la noche y retrasan el paso cediendo la iniciativa al compañero. Nadie la toma. Nadie puede tomarla. Hasta que, al fin, la cautela —los pasos arrastrados y dejativos— se convierte en quietud. Se miran expectantes, durante largo espacio. Y bien, mi señor Don Quijote, ¿qué vas a hacer ahora? No es necesario preguntar. Don Quijote va a hacer lo que hace siempre: confiar. "Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta" (25). Somos hombres. Y como no podemos dejar de serlo, siempre que alguien nos habla confiadamente, siempre que alguien nos habla confiando en nosotros, nos sentimos *culpables* y desearíamos haber sido lo que piensan que somos. Sancho intenta lavarse de pecado distrayendo la atención de su señor. "A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña" (26). Sancho pretende ganar tiempo. Sancho quiere enmendarse. Sancho añade que ya no es hora de encontrar la puerta abierta ni de llamar en casa honrada. Mas su señor no atiende a razones. Sólo le importa encontrar, una por una, el palacio de Dulcinea, y después Dios dirá. "Y advierte, Sancho, que o yo veo poco o aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre la debe de hacer el palacio de Dulcinea" (27). Don Quijote es sincero. Don Quijote no miente. Don Quijote, al pronunciar las palabras anteriores, asume su papel. Su papel es guiar. Quien manda, manda. "Pues guíe vuesa merced", le dice Sancho, cínico y alegre, que pasa de enjuiciado a enjuiciador, de dirigente a dirigido, con este cambio de postura.

Así principian las muy famosas aventuras de Don Quijote en la segunda parte de la novela. Este paseo fantasmal, dialogado y nocturno, donde no ocurre nada, donde nuestros protagonistas no encuentran, ni pueden encontrar, sino "lo necesario inexistente" (28), corresponde nada menos que a la aventura de los molinos de viento en la primera parte de la novela. No es posible contraste mayor. La invención ha tomado camino distinto. Aquí todo es sutil, soterrado o vulgar, y la aventura va por dentro. Comprendemos la sorpresa, un tanto desilusionada, de los lectores, que pasarían por estas páginas como sobre ascuas buscando la repetición de los temas y aventuras de la primera

---

(25) *Quijote* (II, cap. IX).
(26) *Quijote* (II, cap. IX).
(27) *Quijote* (II, cap. IX).
(28) "Las cosas que más necesitamos son inexistentes. Un gran poeta francés lo ha dicho de tan graciosa manera que me invita a terminar con palabras suyas: "Qué sería de nosotros sin el auxilio de lo que no existe." Pedro Salinas: *Ensayos de la literatura hispánica.* Ed. Aguilar (pág. 167).

parte (29). Se acabaron los palos (30) y el enfrentamiento con la realidad; Don Quijote, desde este punto y hora, se va a enfrentar consigo mismo. Cervantes, maliciosamente y jugando con la emoción del lector, ha rotulado este capítulo de un modo misterioso: "Donde se cuenta lo que en él se verá" (31). El capítulo es corto. Y en él vemos a un loco con los ojos tapiados de esperanza y a un cuerdo con los ojos anochecidos por el miedo, que van a efectuar *la visita imposible*. La noche es entreclara; andando a ciegas, la esperanza sustituye a la luna. He aquí a un cuerdo y a un loco que cambian sus papeles, apoyándose mutuamente para no tropezar; pero, ¿quién lleva a quién? No lo sabemos.

Y bien, mi señor Don Quijote, no basta cambiar de mano la responsabilidad "guía tú, guía tú", para encontrar la salida del laberinto; ni basta confiar: "Sancho, hijo, guía tú" para encontrar lo que no existe. ¿Cómo es posible que andes buscando a Dulcinea? Es preciso arrostrar la verdad. Andáis perdidos por el pueblo. La noche aumenta la resonancia de vuestros pasos y dobla vuestra incertidumbre, pero os mueve la fe y ya está casi a punto de realizarse lo irrealizable cuando al fin se descubre que la sombra de la torre entrevista no era, naturalmente, la del palacio de Dulcinea. "Con la iglesia hemos dado, Sancho" (32). Y al pie de ella, junto a la torre de la iglesia, habéis vuelto a sentiros inquietos, agolpados, entumecidos. Ya es inútil andar. Ya es inútil hablar. No podéis explicaros. Ni Sancho sabe lo que teme, ni Don Quijote sabe lo que quiere. Pero uno y otro se necesitan. Esto es lo decisivo. Sancho se apoya sin saberlo en la conducta de Don Quijote y Don Quijote se apoya desesperadamente, y sin saberlo, en la actitud de Sancho. Sólo se puede prolongar situación tan inverosímil porque uno y otro no pueden explicarse sin destruirse mutuamente. Pero ¿quién lleva de la mano a quién en esta escena? No lo sabemos. No podemos saberlo.

---

(29) Después del fabuloso éxito de la primera parte, y tras el entreacto de Avellaneda, ¡cómo sería esperada la segunda parte por los lectores cervantinos! ¿Con qué extremados acontecimientos, desafíos y aventuras fabulosas comenzaría? Pero Cervantes toma un camino inesperado para el lector. No se repite. Quiere inventar un nuevo Don Quijote y lo consigue. La primera aventura —¿quién podría imaginarlo?— consiste en callejear plácidamente por el Toboso. ¡Qué comezón de disgusto y sorpresa para el lector! Se han terminado las locuras del héroe. Ahora vamos a presenciar sus corduras.

(30) Por lo que valga, añadiremos que el hecho ha sido subrayado por Cervantes: "con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgaran se les hubieran olvidado a los autores de ella algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote" (II, cap. III).

(31) *Quijote* (II, cap. IX).

(32) En algún viejo discurso fueron tergiversados tanto el texto como el sentido de esta frase, citando de memoria: "Con la Iglesia hemos topado, Sancho." La equivocación se ha convertido, ¡cómo no!, en tópico periodístico y anticlerical. Así se escribe la historia.

"Sancho, hijo, guía tú." En verdad, la indecisión culpable del escudero confirma la esperanza imposible del señor. Lo necesario une. A causa de ello, y estrechado por la esperanza de Don Quijote, Sancho intenta de nuevo disculparse: "Yo me reportaré —respondió Sancho—, ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de una sola vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre, no hallándola vuesa merced que la debe de haber visto millares de veces" (33). Esto es decir embuste por sacar verdad. Sancho no puede hablar claramente, pero desea que Don Quijote hable por él y le saque del pozo o le ayude a sostener su mentira. Va a conseguir esta complicidad. Tenga en cuenta el lector, para entender la situación, que las palabras de Sancho representan una tentación para Don Quijote porque dan por supuesta la existencia de Dulcinea (34). He aquí el nudo de la cuestión, el nudo que en adelante va a vincular indisolublemente a los protagonistas de la novela. En la conciencia de culpabilidad de Sancho encuentra su precaria confirmación la esperanza imposible de Don Quijote. No hay mal que por bien no venga.

Pero debemos convenir en que lo claro puede no ser sencillo. Al llegar a este punto, la escena toma un aire imprevisto, profundo y extremado. Don Quijote cae en el lazo que Sancho le ha tendido. Pudo muy bien justificar su desorientación diciendo, por ejemplo, que sus cuatro miradas a Dulcinea no habían sido domésticas, sino públicas, en día feriado y con sol en la plaza. No intenta hacerlo; ésta es su sorprendente contestación: "Tú me harás, Sancho, desesperar —dijo Don Quijote—; ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?" (35).

Así se habla, mi señor Don Quijote. Ya era hora de arrostrar la verdad. Pero si esto es así y no has necesitado verla para adorar en Dulcinea, ¿qué es lo que andas buscando en el Toboso? A lo mejor tú mismo no lo sabes. Piénsalo bien. Tal vez quieras tirar por un atajo para encontrarte contigo mismo. Tal vez sólo deseas, sin percibirlo con claridad, que Sancho no te sirva únicamente de escudero, sino de

(33) La situación se quiebra de sutil, aunque, como diría Cervantes, la verdad adelgaza y no quiebra. Recordaremos de nuevo a los lectores que la contestación tantas veces reclamada por Don Quijote es la contestación a aquella carta maravillosa que nunca fué enviada. La mala conciencia de Sancho le hizo inventar su innecesaria contestación. Así empieza la nueva vinculación psicológica de Don Quijote y Sancho, que termina necesariamente con el encantamiento de Dulcinea.

(34) La afirmación de la existencia de Dulcinea confiere a la mentira de Sancho su validez ante Don Quijote. Las palabras de Sancho no son verídicas, mas no por ello dejan de ser valederas.

(35) *Quijote* (II, cap. IX).

lazarillo, para ayudarte a creer en Dulcinea. Crece la fe con ser comunicada. Tal vez anhelas ambas cosas. No lo sabemos. El caso es que la imprevista contestación de Don Quijote le desató la lengua a Sancho. La situación psicológica en que se encuentran los interlocutores vuelve a cambiar, y la motivación del cambio es sumamente interesante. Siempre que discutimos o conversamos, el extremismo de la actitud ajena en cierto modo nos incita, en cierto modo nos libera de obligaciones y en cierto modo nos hace irresponsables (36), por lo cual, oyendo hablar tan extremada y sinceramente a su señor, Sancho estima que ha llegado la hora de saltar la barrera. Urde una nueva tentación. Oigamos sus resolutas, terminantes y lacónicas palabras: "Ahora lo oigo —respondió Sancho—, y digo que, pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco" (37). ¡Ay, Sancho, Sancho, tracista y urdidor! ¿Cómo te atreves a decir que si Don Quijote no ha visto nunca a Dulcinea, tú tampoco la has visto? (38). ¿Tratas de aquilatar o de negar la existencia de Dulcinea? ¿Quieres jugar tu juego a carta descubierta o quieres dar el juego por terminado? No lo sabemos. La respuesta de Sancho es demasiado cervantina. Parece clara y es enigmática. Parece responder y se reduce a plantear una nueva cuestión.

Cada cual va a lo suyo. La respuesta de Sancho, ¡naturalmente!, no satisface a Don Quijote. Para él no ha terminado el juego, ni puede terminar. Así, pues, plantea de nuevo la cuestión recordándole a Sancho lo que Sancho quisiera olvidar. "Eso no puede ser —respondió Don Quijote—, *que por lo menos* ya me has dicho tú que la viste aechando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié" (39). Y bien, mi señor Don Quijote, ¿a qué responde esta actitud que hace entrar vuestro diálogo en un terreno nuevo, resbaladizo y peligroso? ¿Cómo es posible que el detalle realista —aechando trigo— que siempre habías negado (40), lo utilices ahora como argumento confirmador? Leemos y releemos tus palabras. No las podemos entender. No salimos

---

(36) Toda actitud desmesurada incita a la desmesura.

(37) *Quijote* (II, cap. IX).

(38) ¿Por qué hace Sancho depender su actitud de la de su señor? ¿Por qué dice que si Don Quijote no ha visto nunca a Dulcinea, él tampoco la ha visto? Para Sancho, en efecto, la existencia de Dulcinea depende únicamente de la creencia en ella de su señor. La respuesta apunta maliciosamente a la inexistencia de Dulcinea y equivale a decir: sin soñador no hay sueño. Sancho no puede ver a Dulcinea sino a través del sueño de Don Quijote.

(39) *Quijote* (II, cap. IX).

(40) Recuérdense las airadas palabras de Don Quijote a su escudero: "Que todavía das, Sancho —dijo Don Quijote—, en pensar y creer y en porfiar que mi señora Dulcinea aechaba trigo siendo eso un menester que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituídas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos que muestran a tiro de ballesta su principalidad" (II, cap. VIII). En su conversación con Don Quijote, la Duquesa vuelve a insistir sobre el mismo punto.

de nuestro asombro. Porque tú puedes equivocarte, mi señor Don Quijote; es más, *debes equivocarte,* pero no puedes dejar de ser veraz. Y, sin embargo, afirmas algo en que no crees. Tal vez tu fe ha desfallecido y necesitas apoyarte en la mentira para poder seguir creyendo en Dulcinea. Tal vez no tienes conciencia plena de que obligas a Sancho a mentir (41). Pero lo haces; le induces a que mienta. Esto es lo decisivo. Diríase —y es cierto— que en esta escena inverosímil, irónica, sonriente y de un acierto humano casi estremecedor, lo que busca desesperada y tercamente Don Quijote es que le engañe Sancho. Para ello ha entrado de noche en el Toboso y le aprieta, le cerca, le fuerza. He aquí a nuestro señor Don Quijote buscándose a sí mismo en la tiniebla, siendo fiel a un destino cuyas razones no comprende del todo, ni puede comprender. He aquí a nuestro señor Don Quijote convertido en un símbolo alucinante, doloroso y profundo, de la existencia humana (42). Sí, ésta es la escena del engaño buscado, del engaño querido, del engaño a los ojos. *Aquí se nos revela la verdadera clave del quijanismo, y aquí comienzan, finalmente, las andantes caballerías de Sancho para ayudar a su señor.*

"La relación con el mundo empieza en esta escena a adquirir en la obra una mayor hondura. La sugestión de muerte, de misterio y de desengaño ya no abandonará nunca al lector" (43). El tema planteado por Cervantes, como telón de fondo, en el diálogo nocturno, es nada menos que el tema de la relación de Don Quijote con Dulcinea. Se alude a ella de modo indeterminado y reticente, considerándola como un supuesto y, desde luego, sin el menor deseo de que se ponga en claro la cuestión. Mas vayamos por partes. Creo conveniente recordar a los lectores que la existencia de Dulcinea no ha sido confirmada o negada por Cervantes de manera definida. En la primera parte del *Quijote* las alusiones cervantinas identifican a Dulcinea con Aldonza Lorenzo; en la segunda parte, la figura de Dulcinea se hace más inasible y pierde

---

(41) Esto es: le obliga a continuar con las mentiras que le había dicho en Sierra Morena. La Duquesa censura a Sancho esta actitud: "Una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió a Dulcinea, digo a la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor Don Quijote, porque se quedó en el libro de memorias en Sierra Morena, cómo se atrevió a fingir la respuesta y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, y cosas que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos" (II, cap. XXXIII). Lo que no advierte la Duquesa es que Sancho no podía hacer cosa distinta de la que hizo. Su señor le había mandado al Toboso para hacerle certificar la existencia de Dulcinea, es decir, para hacerle mentir. Este es el primer acto de la escena del "engaño buscado".

(42) La clave del carácter de Don Quijote es el "teatro para sí mismo", del que hablaremos largamente en la segunda parte de nuesta obra.

(43) Angel del Río: "El equívoco del Quijote".

toda vinculación con la realidad. En la primera parte, Dulcinea tiene existencia real: es la esperanza de un recuerdo de los años juveniles de Don Quijote; en la segunda parte, Dulcinea se ha transformado en el recuerdo de una esperanza (44): ya no es un ser idealizado, sino un ser ideal. Este es uno de los cambios más significativos que se operan en el *Quijote* de 1615. Ya aclararemos su sentido. Aquí ahora sólo nos interesa destacar el carácter indeterminado, *conscientemente indeterminado,* que la existencia de Dulcinea tiene a lo largo de su historia.

Igual ocurre respecto a sus relaciones con el hidalgo manchego (45). No sabemos si la conoce o no la conoce. Don Quijote unas veces afirma haberla conocido y otras afirma lo contrario. La crítica atribuye a ligerezas de Cervantes estas contradicciones que considera generalmente como "olvidos". Pero Cervantes dice, por ejemplo —y no hay ejemplo más importante—, que el ingenieso hidalgo se llamaba Quexana, Quixada o Quesada. ¿Puede Cervantes equivocarse sobre el nombre de su protagonista? Tenga en cuenta el lector que tan desconcertante nómina de apellidos fué escrita por Cervantes casi en un solo renglón (46). En modo alguno es lícito pensar que obedezca a un olvido. Esto no son olvidos, *son indeterminaciones,* deliberadas y conscientes, y tales indeterminaciones o libertades constituyen lo más característico del estilo cervantino (47), aun cuando sigan siendo considerados como "errores" por los alegres comentaristas (48). No entender es como no

---

(44) Esta fusión de poesía y verdad es la característica de la poesía moderna. Ningún otro libro poético puede representarla mejor entre nosotros que *Soledades, Galerías y otros poemas,* de Antonio Machado: "Son dichos poemas súbitas vislumbres del mundo, juntos ahí lo real y lo suprasensible con una identificación alcanzada raramente." Luis Cernuda: *Estudios sobre poesía contemporánea.* Ed. Guadarrama, pág. 113.

(45) Ambas cuestiones están íntimamente relacionadas. Si Dulcinea no tiene realidad, mal puede haberla conocido Don Quijote.

(46) He aquí el texto de la frase citada: "Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quixada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quexana" (I, cap. I). La indeterminación no puede ser más explícita y deliberada. En este caso obedece al deseo de satirizar la frecuente trivialidad de la erudición histórica. En nuestro estudio sobre el estilo podrá verse la importancia de este apartado.

(47) La clave del estilo cervantino es el "estilo indeterminado", que estudiaremos en el volumen final de nuestra obra.

(48) Véase el comentario de Clemencín, pues para muestra basta un botón: "La Duquesa se acordaba mal porque ya en el capítulo primero de la fábula se dijo que Don Quijote anduvo un tiempo enamorado de Dulcinea, y en el capítulo XXV se expresó que no llegaban a cuatro veces que la había visto. *También lo había olvidado Cervantes* y sólo tuvo presente lo que había escrito en el capítulo IX de esta segunda parte, donde decía Don Quijote a Sancho: "*ven acá, hereje, no te he dicho mil veces* (no lo había dicho ninguna) *que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea*". Esto, como era lo último, fué lo que recordaba Cervantes, atribuyendo a la Duquesa lo que no era sino error suyo" (pág. 1.704). Esto, naturalmente, lo dice Clemencín, que incurre en lo que acusa; es decir, que atribuye a Cervantes un error suyo.

leer. ¡Bien repleto de cervantistas debe encontrarse el limbo de la crítica literaria! La verdad es muy otra. La verdad es que Cervantes deja su mundo literario en una cierta libertad; no le interesa concretar "demasiado" su armazón y la mayor parte de los datos aparecen en el *Quijote* nimbados de una irónica y sonriente indeterminación (49); la verdad es también que a Cervantes no le interesa oponer, sino fundir, ciertos aspectos de su obra que suelen parecer *contradictorios* y son *complementarios*. Encarecemos ante el lector la importancia de estas afirmaciones que, hoy por hoy, no pasamos a demostrar. Constituyen la brújula de marear el mundo cervantino que nosotros hemos utilizado y estudiaremos la segunda parte de nuestra obra. No lo olvide el lector. Tiene sumo interés. Las claves del pensamiento de Cervantes son el *integralismo* y el *estilo indeterminado*.

La situación que describimos es una de las más expresivas y caracterizadoras. Cervantes sitúa a sus personajes en el Toboso. Van nada menos que a visitar a Dulcinea. Convengamos en que el atrevimiento técnico que representa el planteamiento de esta situación es verdaderamente extraordinario. Nos parece que esta vez no hay escape posible, y que, por fin, sabremos, lisa y llanamente, cuanto se relaciona con Dulcinea. La conversación de los protagonistas gira exclusiva y concéntricamente sobre el tema. Pues bien, a medida que se habla de ella, la realidad de Dulcinea se desvanece más. No acabamos de saber si Don Quijote la conoce o no la conoce. No sabemos tampoco *si hay Dulcinea en el mundo,* y lo curioso es que el diálogo no pone nunca en duda su existencia (50). La situación va adelgazándose progresivamente, sin inclinarse en ningún sentido y su sostenimiento es una maravilla del "estilo indeterminado" cervantino (51). Nos preguntamos extrañados cuál

---

Paciencia y barajar. En la segunda parte de nuestra obra trataremos de poner en claro este asunto, verdaderamente cómico, de la atribución de supuestos errores a Cervantes.

(49) La conocida frase principial del *Quijote:* "En un lugar de la Mancha, *de cuyo nombre no quiero acordarme*", que ha tenido interpretaciones tan gratuitas, no es sino un módulo o arquetipo del estilo indeterminado del autor.

(50) La existencia de Dulcinea es aceptada como un supuesto tácito por uno y otro protagonista. Recordemos, sin embargo, las palabras de Don Quijote: "Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo y si es fantástica o no es fantástica, y estas no son las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo." El integralismo de Cervantes acepta siempre las soluciones más distintas sobre un mismo problema. No quiere que elijamos ninguna de ellas, pues todas son igualmente parciales. La interpretación cervantina exige siempre la totalización de las distintas perspectivas utilizadas por el autor para describir la realidad.

(51) No sabemos si comete adulterio Leonora en el *Celoso extremeño;* no sabemos cómo se llama la mujer de Sancho Panza; no sabemos quién ha escrito el *Quijote;* no sabemos si Dulcinea tiene existencia real; no sabemos el título de los Duques; no sabemos cuánto dura el gobierno de Sancho; no sabemos si hizo ordenanzas o no las hizo... El estilo cervantino gusta de éstas y otras indeterminaciones, como veremos en su día.

es la causa que hace a Cervantes afrontar una situación claramente insoluble (52). ¿A qué viene buscar a Dulcinea sabiendo que no existe? Este es el nudo de la cuestión. En realidad, en la aventura del "engaño buscado" Cervantes trata de darle cuerpo a un sueño. Don Quijote precisa a Dulcinea, es decir, necesita inventarla y esta necesidad es la razón de ser de su existencia. Ahora sabemos qué es lo que tratan de encontrar nuestros protagonistas callejeando en el Toboso. Siempre se busca lo que se necesita. De sombra en sombra y casa en casa lo que buscan a ciegas Don Quijote y Sancho no es otra cosa sino lo "necesario inexistente". No lo olvidemos. El hecho de buscarla confiere a Dulcinea un cierto tipo de realidad. En rigor, no podemos saber *si hay o no hay Dulcinea en el mundo,* pero sabemos que su existencia es necesaria. Esta es la extraña conclusión a que Cervantes quiere que lleguen sus lectores. A partir de esta escena, Dulcinea *tiene que existir, queda obligada a existir.* Su existencia se ha convertido en la ínsula Barataria de Don Quijote.

Soñar también es vivir (53). Así, pues, no debe preocuparnos el problema de la existencia de Dulcinea. Carece de importancia, puesto que el mundo cervantino se constituye al mismo tiempo, y con el mismo rango, sobre lo imaginario y lo real (54). Ninguno de estos planos puede alterarse o suprimirse sin alterar o destruir el valor de conjunto; ninguno de ellos puede prevalecer en nuestro ánimo sin empequeñecer y desarticular nuestra interpretación (55). El planteamiento radical del mundo cervantino responde a esta pregunta: ¿Qué es más real, vivir o hacer vivir? Dulcinea convierte a Alonso Quijano en Don Quijote, es decir, le hace verificarse y encontrarse consigo mismo. Por consiguiente, Dulcinea tiene una realidad creadora y necesaria —Dulcinea re-

---

(52) Desde luego, quiere hacer un alarde de fuerza, un alarde de suficiencia técnica. Pero hay algo más hondo también.

(53) "Lo típico cervantino es mostrar cómo poesía e historia, idea y realidad andan juntas en la vida porque son parte integrante de la relación del ser humano con el mundo." Angel del Río: "El equívoco de Don Quijote". Conferencia inédita.

(54) En definitiva, toda realidad vital ya es un poco inventada. Recordemos las palabras de Kafka: "Todo es una fantasía: la familia, la oficina, los amigos, las calles, todo es fantasía, más cercana o más lejana, la mujer; la verdad más accesible es simplemente que te rompas la cabeza contra la pared de una celda sin ventanas." *Diario,* 21 de octubre de 1921.

(55) Esta *ampliación* del humanismo ha sido subrayada por Vossler: "Aquí tenemos una psicología, un naturalismo y humanismo que estriban en una concepción más amplia y honda que el humanismo corriente. Es un humanismo que no se contenta con la divisa del "Nihil humani mihi alienum", nada humano me es extraño, sino que la completa y profundiza afirmando que todo lo extraño nos es humano. En otros términos: es un humanismo precursor del romanticismo y del simbolismo modernos: *Int. a la literatura española,* pág. 108.

presenta lo necesario inexistente—, y su existencia puede o no puede ser verdadera, pero indudablemente es *verificadora* (56).

Tal es, al menos para nosotros, la dimensión profunda en que se desenvuelve este diálogo que no intenta dilucidar el problema de la existencia de Dulcinea, sino que pone a prueba la fe de Don Quijote en ella, y algo más importante todavía: su carácter de fe. El patetismo de la escena es, pues, muy hondo y afecta esencialmente a la revelación del personaje. Lo que Cervantes quiere poner en claro *son las razones de la existencia de Dulcinea,* que actúa sobre nosotros desde planos distintos y, al parecer, inconciliables, como persona de carne y hueso, como necesidad y como sueño. Creo que debemos advertir, de una vez para siempre, que Dulcinea no es ninguna de estas tres cosas, *sino el conjunto de ellas.* Al concebirla puramente como persona de carne y hueso, la disminuímos; al concebirla como pura necesidad, la destruímos (57), y al concebirla como sueño, la falseamos. Es necesario imaginarla al mismo tiempo como Aldonza Lorenzo y como Dulcinea. Su personalidad se configura sobre un plano real, un plano ideal y un plano moral que se completan y valoran entre sí. Ninguno de estos planos tiene valor exclusivo ni prevalente.

Con gran acierto suele hablarse de la quijotización de Sancho en la segunda parte de la novela. Pues bien, la quijotización de Sancho comienza a definirse a partir de esta escena que nosotros juzgamos capital para el entendimiento de la obra. En el diálogo callejeante y nocturno del Toboso lo que se trata de demostrar no es la verdad de la existencia de Dulcinea (58), sino *su validez.* Sancho pone a prueba la fe de Don Quijote pensando en la ínsula Barataria y tratando de averiguar hasta qué punto es válida la confianza que tiene puesta en su señor, mientras que Don Quijote pone a prueba la fe de Sancho para crearla, y llegar a saber hasta qué punto su propia fe, la fe de Don Qui-

---

(56) Recordamos una vez más el *integralismo* del pensamiento cervantino. A Cervantes no le interesa concretar si Dulcinea es un símbolo, un personaje literario o un ser de carne y hueso: quiere que compongamos a Dulcinea, no eligiendo entre ellas, sino sumando todas estas perspectivas. A los alegres comentaristas suele parecerles que Cervantes se contradice, porque ellos piensan que los contrarios se oponen, y Cervantes estima que los contrarios se armonizan.

(57) La posición de Cervantes a este respecto es sumamente curiosa. La existencia de Dulcinea es un supuesto que nadie discute. Por ejemplo, en la conversación de Sancho y la Duquesa sobre su encantamiento lo que se pone en duda es si la aldeana era o no era Dulcinea; ahora bien, para que la aldeana pudiera ser Dulcinea es preciso que Dulcinea tenga existencia real. Este procedimiento elíptico es muy propio de Cervantes, como veremos al estudiar su estilo.

(58) Esto es, la convertimos en una mera abstracción.

jote, es una fe creadora y, por tanto, comunicable (59). Crece la fe con ser comunicada. Lo necesario une. Cada uno de los protagonistas busca en el otro precisamente aquello que necesita para sí mismo —lo buscan ambos a toda costa y aun arrostrando la mentira— en esta escena afortunada, inverosímil e increíble, donde hemos dicho que comienzan las andantes caballerías de Sancho para ayudar a su señor.

El ideal de la justicia y el ideal del amor.

La mentira puede ser, como es en este caso, más obradora que la verdad. No sé si habrá reparado el lector en un hecho de sumo interés. En la primera parte de la novela la acción de Don Quijote está impulsada por el ideal de la justicia (60); en la segunda parte, la acción de Don Quijote está impulsada por el ideal de Dulcinea. Esta es una de las más importantes y acusadas diferencias entre una parte y otra. El ideal de la justicia —desfacer entuertos, socorrer viudas y favorecer a toda suerte de desvalidos— es un ideal que pone a Don Quijote en abierta y pugnaz contradicción con el mundo, mientras que el ideal del amor —el ideal representado por Dulcinea— armoniza la relación del héroe con el medio en que vive. Este cambio ayuda a subrayar la humanización progresiva que va operándose en el carácter de Don Quijote todo a lo largo de su historia. Añadiremos que este cambio no es gradual: aparece ya decidido en el arranque de la segunda parte, aun cuando el ideal de la justicia no se abandona nunca totalmente. La diferencia

(59) "Sancho se mueve también empujado por la fuerza de un sueño. El de Don Quijote es un sueño heroico; el de Sancho es un sueño plebeyo. Don Quijote está rígidamente encerrado en el cerco de su manía. Sancho se halla suspenso entre el mundo de las apariencias soñadas y el de las realidades sufridas. En su conciencia crepuscular se dibujan los contornos de la realidad, pero hasta que la experiencia no le abate él cree en Don Quijote, porque Don Quijote ofrece un espejismo al pobre vuelo de su imaginación." Paolo Savj-López: *Ob. cit.*, pág. 100.

(60) Véanse algunos de los innumerables textos que pudieran citarse: "Pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes" (III, 45). O bien: "Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes (III, 199). O bien: "Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas y cuya profesión la de favorecer a los necesitados de favor y acudir a los menesterosos (III, 345). El tema tiene origen bíblico:

> *El oído que me escuchaba me llamaba feliz,*
> *y los ojos que me veían se declaraban en mi favor*
> *porque libraba al pobre que clamaba*
> *y al huérfano que no tenía valedor.* (Job, 29, 11-12.)

es significativa. El ideal de la justicia coloca a Don Quijote adversativamente y a batalla perdida frente al mundo; el ideal del amor interioriza a Don Quijote, le ensimisma, armonizándole al mismo tiempo con el mundo. Pero dejemos el tema para mejor ocasión. El caso es que el *Quijote* de 1615 gira temática, concéntrica y exclusivamente sobre el encanto y el desencanto de Dulcinea.

Ahora bien, ¿en qué medida contribuye este hecho a la revelación del quijotismo? Desde la nueva perspectiva lograda podemos explicarnos el sentido de la escena que acabamos de comentar. La fe de Don Quijote, en 1605, es una fe de solitario, de adolescente, gratuita y total, sin resquebrajadura alguna, que no pretende conquistar ni reformar el mundo: simplemente se opone a él. La fe de Don Quijote en 1615 es una fe conseguida y no gratuita, dolorosa y "mayor" con desfallecimientos, que necesita para subsistir ser compartida. No salimos de nuestro asombro al comprender la diferencia que se ha operado en el carácter del personaje. En el *Quijote* de 1605 Don Quijote vacila en su fe, aunque esta duda no se traduce como inseguridad en su conducta. En el *Quijote* de 1615 Don Quijote necesita de Sancho, se apoya en él, para inventar a Dulcinea. Sus vidas van fundiéndose poco a poco y armonizando su sentido. Cierto es que Sancho duda, con harta razón, de la existencia de Dulcinea, pero llega a saber que representa un valor absoluto en la vida de su señor. Cierto es también que Don Quijote puede dudar de la existencia de la ínsula Barataria, pero sabe muy bien sabido que representa un valor absoluto en la vida de su escudero. Lo necesario une. Repetiremos una vez más que lo que cada uno de ellos va a buscar en el otro, a partir de la aventura del *engaño buscado,* es confirmar su fe de vida.

Y ahora sentemos algunas conclusiones. Primera, el *Quijote* de 1615 gira temáticamente sobre el encanto y el desencanto de Dulcinea. Segunda, en esta parte la fe del caballero necesita ser confirmada por el mundo exterior. Tercera, Sancho va a ser el puente que comunique estas dos orillas del mundo cervantino.

Observemos que la invención de Dulcinea es algo más que la invención de la amada y significa un interesante descubrimiento cervantino: el descubrimiento de lo necesario inexistente. Descubrimiento que corresponde a la vertiente "quijanista" del carácter de nuestro héroe. El lector convendrá con nosotros en que la invención de Dulcinea hecha por Don Quijote tiene el mismo sello que la invención de Don Quijote hecha al principio de la obra por Alonso Quijano. Su sentido es el mismo: el sueño engendra realidad (61). En uno y otro caso se trata del

(61) Este hecho se encuentra íntimamente vinculado con el *teatro para sí mismo.* Kafka ha entrevisto esta vinculación con su acostumbrada agudeza: "El

descubrimiento de la verdad vital que autentifica la existencia del personaje. Don Quijote encarna la verdad vital de Alonso Quijano el Bueno, igual que Dulcinea encarna la verdad vital de Don Quijote. Para que una y otra invención sean verdaderas deben de ser testimoniadas con la vida.

Ya dijimos que las vertientes esenciales que constituyen la personalidad de nuestro héroe —el quijotismo y el quijanismo— son diversas, pero complementarias. Ambas influyen sobre sus actos y determinan su conducta. El quijotismo implica la locura, y el quijanismo, la cordura del personaje. El quijotismo estriba en convertir la realidad en ilusión y el quijanismo estriba en convertir la ilusión en realidad vital. Ahora podemos ver más claramente que la invención de Dulcinea no es menos quijanista que la invención de Don Quijote. Porque en rigor, ¿cuál es la verdadera realidad de Dulcinea? ¿Tuvo existencia real y está fundada sobre esperanzas de recuerdos o no tuvo existencia real y sólo está fundada sobre recuerdos de esperanzas? No lo sabemos. No podemos saberlo, y en todo caso la cuestión carece de importancia. Dulcinea es un ser nuevo, una criatura necesaria sobre la cual se funda Don Quijote. No es preciso comprobar su existencia, pues la verdad vital no se demuestra, se testimonia. Ahora bien, somos hombres. Creemos en todo humanamente. Desfallecemos. "Si es menester gloriarse, me gloriaré

---

desarrollo fué simple. Cuando todavía estaba insatisfecho y me impelía hacia la insatisfacción con todos los medios de la época y de la tradición que me eran accesibles, luego quería volver. Es así que siempre estaba insatisfecho aun con mi satisfacción. Es notable cómo la realidad puede surgir de la comedia si se la sistematiza suficientemente. Mi decadencia espiritual comenzó con juegos infantiles, aunque puerilmente conscientes. Por ejemplo, contraía artificialmente los músculos faciales, cruzaba el Graven con los brazos cruzados detrás de la cabeza. (Algo semejante ocurrió con el desarrollo de mi estilo literario, sólo que más tarde, por desgracia, ese desarrollo se interrumpió.) Si es posible así forzar a la desdicha a que caiga sobre uno mismo, entonces es posible forzar cualquier cosa a que caiga sobre uno mismo. Por más que mi desarrollo parezca negarlo, y por más que pensarlo contradiga totalmente mi carácter, no puedo, de ningún modo, admitir que los primeros comienzos de mi desdicha fueron íntimamente necesarios; tal vez los caracterizara cierta necesidad, pero no una necesidad íntima; se acercaban revoloteando como moscas, y hubiera podido alejarlos tan fácilmente como se aleja a las moscas." 24 de enero de 1922. Más tarde comentaremos este párrafo verdaderamente original, descubridor y escalofriante. Pedro Salinas había visto este aspecto muy bien en sus *Estudios de literatura hispánica:* "A concordancia tal de delicadeza amatoria, a unión tan fina de voluntades, no corresponde menos comento que los versos del gran nocturno español:

Oh noche que juntaste
Amado con amada
amada en el Amado transformada."

Porque, en efecto, la amada se ha transformado en el Amado. Dulcinea existe unida a Don Quijote, en él, sólo en él. De tanto quererla el caballero ha hecho que le quiera. De tenerla tanta fe, la ha dado fe. De desear que exista, la ha hecho existir." Pedro Salinas: *Estudios de literatura hispánica* (pág. 130).

en mi flaqueza", decía San Pablo (62). Necesitamos una mano que nos levante en la caída. Necesitamos el testimonio ajeno para poder creer lo que nos dice el corazón. Aunque parezca extraño, Don Quijote también lo necesita. En la primera parte de su historia Don Quijote es un loco por haber dado testimonio de sí frente al mundo; en la segunda parte, Don Quijote es un crédulo y como tal busca en el mundo la confirmación de su fe cuando la siente vacilar. En la primera parte de su historia domina en Don Quijote la vertiente del *quijotismo;* en la segunda parte, domina la vertiente del *quijanismo* preparando el final de la novela. En la primera parte, la fe de Don Quijote es animosa y plenamente confiada; en la segunda parte, la fe de Don Quijote suele desfallecer. Su voluntad de creer es más viva e intensa; su confianza en sí mismo es decreciente. Diríase —y es cierto— que en la segunda parte de su historia la fe de Don Quijote no tiene más que un ala, se apoya sólo en la esperanza. Nuestro héroe necesita el apoyo de Sancho para creer, para confirmar la validez de su interpretación del mundo, y hasta para poder leer —deletreándolo— lo que la mano de Dulcinea ha ido escribiendo en su corazón. Este es el nuevo y decisivo papel de Sancho en la novela. Crece la caridad con ser comunicada. Todos marchamos por la vida como hemos visto a Don Quijote andar de noche en el Toboso: tratando de comunicar nuestra esperanza para sentirnos confirmados en ella. Y en la adhesión que conseguimos nos fundamos.

LA CONFIRMACIÓN DE LA FE PERSONAL DE DON QUIJOTE Y EL SUEÑO COMPARTIDO

La vida es el criterio de la verdad. Pero ésta, la verdad, ¿en qué consiste? La verdad lógica estriba en la adecuación del pensamiento con las cosas; la verdad vital estriba en la esperanza que nos hace vivir; esto es, en la esperanza que por darle sentido a nuestra vida la totaliza íntegramente. El testimonio que Don Quijote da de Dulcinea no cabe duda de que es veraz, pero tampoco hay duda alguna de que es un sueño. No importa. Vamos a ciegas por la vida verificando el sueño que nos hace vivir. En la madera de que se forman nuestros recuerdos no pueden separarse la realidad y la ilusión. Pero no importa. Somos la encarnación del sueño que Dios sueña en nosotros y por ello pecar es falsear nuestra existencia, nuestro *papel de hombre* (63), la verificación de nuestra vida en los ojos de Dios.

Ahora bien, ¿en qué consiste la realidad de un sueño?, o, mejor dicho, ¿cuándo cabe decir que un sueño es verdadero? Son las tres de la

(62) II Corintios.
(63) Pensé primero escribir *nuestro papel viviente.*

tarde. Me encuentro trabajando en el despacho de mi casa. Espero ver entrar a María de un momento a otro. María es mi mujer. Cuando esté junto a mí la miraré a los ojos para saber si está soñando ella el mismo sueño que estoy soñando yo. Si lo compruebo, el sueño que vivimos será un sueño real, y si no lo compruebo, lo mejor y lo más vivo de mi vida no será más que un sueño. Como decía Unamuno: "sólo el sueño de dos es verdadero". Esta confirmación vital del sueño compartido es lo que busca a toda costa Don Quijote en la segunda parte de su historia.

Todo pasa, todo llega, todo queda. Pues bien, ahora podemos ver con claridad que confirmar la fe vital del caballero es la finalidad de la comedia de los Duques. La convivencia de Don Quijote en el palacio constituye el último acto de la invención de la amada con las escenas del desencanto de Dulcinea. No nos perdamos en conjeturas vanas. La personalidad de Dulcinea está constituída por tres estratos diferentes. En el primero, Dulcinea es una criatura de carne y hueso que podemos identificar con Aldonza Lorenzo. En el segundo, es la Dulcinea de la primera parte del Quijote que, como los restantes personajes de la novela, aparece ante los Duques reclamando al mismo tiempo una existencia histórica y literaria, una existencia de persona real y de figura de ficción. En el tercero, Dulcinea se convierte en el símbolo (64) que armoniza la existencia de Don Quijote con el mundo que le rodea. Los Duques certifican y totalizan los tres planos de su existencia. Han comprendido y confirmado la fe vital del caballero. Gracias a ellos, lo que había sido solamente ilusión se afirma en esperanza. Gracias a ellos se fija definitivamente la personalidad de Dulcinea. Gracias a ellos pueden prevalecer el quijanismo y la cordura en la actitud de nuestro héroe preparando el final de la novela.

Y ahora repetiremos, una vez más, que el *leit motiv* del *Quijote* de 1615 lo constituye un hecho sumamente curioso y revelador: Don Quijote vacila en su fe. Para evitar equívocos explicaremos en qué consiste esta vacilación. En la primera parte de su historia nuestro héroe tiene absoluta certidumbre sobre el carácter de realidad de sus visiones. Los molinos *son* gigantes; las mulas, dromedarios, y la bacía de barbero es verdaderamente el yelmo de Mambrino, muy a pesar de que hechiceros y encantadores trastruequen su apariencia. En la primera parte de su historia, el quijotismo es la vertiente, con acento predominante y casi privativo de su modo de ser. En la segunda parte de la obra, en el *Quijote* de 1615, todo este mundo va a cambiar. Nuestro protagonista

---

(64) Este símbolo, naturalmente, es el amor que armoniza a Don Quijote con el mundo en la segunda parte de la novela. Nunca he podido comprender en qué se apoya la interpretación unamunesca de Dulcinea como símbolo de la Gloria.

camina con buen paso hacia la cordura. No vuelve a confundir la realidad. Se impone en él el *quijanismo*. Recordemos la escena del encantamiento de Dulcinea. En ella Don Quijote, muy a pesar de las aseveraciones y mentiras de Sancho, no da por cierto lo soñado, no confunde la realidad que tiene ante los ojos. La cosa es sorprendente y, desde luego, digna de ser tenida en cuenta. Cuando la ilusión de encontrarse ante Dulcinea debiera *justamente* trastornarle, sus ojos ven con discriminación y muy amarga claridad. Algo importante ha cambiado en él, pues Don Quijote no quijotiza la situación y ve a una campesina donde *debiera* ver a Dulcinea. Algo importante ha cambiado en él para que no se cumplan puntualmente los supuestos de Sancho (65). En realidad, si Don Quijote fuese el mismo de la primera parte, *debiera* ver en la aldeana a Dulcinea, pues había visto nada menos que a una princesa en Maritornes. Sin embargo, contradiciendo su ilusión, esto es, contradiciéndose consigo mismo, sus ojos ven a la aldeana como aldeana y hasta percibe en ella un olor a ajos crudos que le atosiga el alma. La imaginación de Don Quijote no modifica su percepción de la realidad. No lo olvidemos. Estamos en la segunda parte de la novela y en la aventura que le da su sentido.

Todo gira, todo empieza a cambiar imperceptiblemente. Observemos un rasgo que me parece importante y curioso. Don Quijote —que sigue siendo Don Quijote, aunque ya no confunde la realidad— dice palabras desvariantes sobre el encantamiento de Dulcinea, aludiendo a la trapacería de los insolentes y malignos encantadores. Todo ha cambiado y, sin embargo, todo parece igual. El mundo quijotesco continúa siendo el mismo mundo donde se aunaban y confundían la realidad y la ficción. Cervantes sabe lo que hace. Cervantes ha conseguido darnos la impresión de la continuidad esencial del mundo quijotesco de manera tan prodigiosamente hábil que no suele advertirse la importancia del cambio en la actitud del protagonista. Mas la verdad es que si el mundo quijotesco sigue siendo fiel a sí mismo, la posición de Don Quijote se ha transformado totalmente.

En la primera parte de su historia nuestro héroe no duda un solo

---

(65) He aquí el monólogo mental de Sancho: "Siendo pues (Don Quijote) loco como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de corderos ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea, y cuando el no lo crea, juraré yo, y si él jurare tornaré yo a jurar, y si porfiare porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito venga lo que viniere" (II, cap. X). En efecto, estos supuestos, que eran correctos y acertados, habrían debido cumplirse si no hubiera evolucionado el carácter de Don Quijote en la segunda parte de la novela.

instante de lo que ven sus ojos. Don Quijote sabe, muy bien sabido, que él es quien toca con las manos la verdadera realidad del mundo, mientras que el Cura o el Barbero, Sancho o el Bachiller Sansón Carrasco sólo perciben su apariencia engañosa. Pero en la escena del encantamiento de Dulcinea su posición es muy distinta. También en ella la realidad del mundo se desdobla en apariencias contradictorias. También en ella las borricas *podrían ser* hacaneas. Pero ahora piensa Don Quijote que la visión de Sancho es la valedera, y que sus ojos ven solamente *la apariencia* del mundo trastrocado por envidiosos y malignos encantadores. Algo ha cambiado en él, y este cambio es de gran importancia para la revelación de su carácter. Significa que Don Quijote duda por vez primera de la certidumbre de sus visiones, y en un estrato más hondo, que sus ojos —sus mismos ojos— contradicen y niegan la visión quijotesca del mundo. Don Quijote ya no es un loco que trastrueca la realidad, sino un crédulo que confía en las palabras de Sancho. *La resultante en su manera de ver el mundo sigue siendo la misma y, por lo tanto, el carácter del héroe se ha subvertido sin cambiar.* Esto es lo verdaderamente interesante. El quijanismo se ha sobrepuesto al quijotismo. El sentido engañoso y aparencial de la realidad que antes era privativo de la visión del mundo de los restantes personajes de la novela, ahora afecta también a la visión del mundo del propio Don Quijote, aunque debe advertirse que este cambio no supone la renuncia a su anterior personalidad; antes bien, representa su humanización, puesto que el quijanismo representa la vertiente realista humanizada y humanizadora del heroísmo quijotesco.

La "quijanización" de su actitud va a hacer a nuestro héroe vacilar en su fe. Nada tiene de extraño. En la medida en que su conducta va desplazándose hacia la cordura, pierde seguridad. Su confianza en sí mismo se hace más reflexiva que espontánea, y es necesario sostenerla, confirmarla, crearla. El mundo quijotesco, que en la primera parte de la novela es algo *dado* y concluído, va perdiendo fijeza y gratuidad. Deja de ser un don. Precisa esfuerzo y aun ayuda. Se convierte en un logro. Don Quijote no cambia de conducta, pero a veces vacila. No tiene dudas (66), pero sí indecisiones y, desde luego, desfallecimientos.

---

(66) Entiendo las vacilaciones de Don Quijote como desfallecimientos, no como dudas. Angel del Río afirma que la duda existencial representa el sentido de la novela: "Por eso, la historia del hidalgo manchego está concebida desde el centro del problema básico para el hombre del post-renacimiento: ¿Qué es la verdad? Mas la profunda intuición artística de Cervantes le impide sugerir soluciones definitivas. Se limita a novelar el equívoco mismo que es la vida, y dentro de ella, la busca de la verdad. Pudiera decirse que el *Quijote,* entre otras cosas y más que nada, es la novela de la duda. No de la duda racional cartesiana, sino más bien de lo que hoy llamaríamos la duda existencial." A. del Río: "El equívoco del Quijote".

Su corazón le ciega: se le ha hecho más próximo, más inmediato, más humano. Cuando vacila, necesita apoyarse en el prójimo para creer (67). En la segunda parte de su historia, Don Quijote no es un loco, es un crédulo, y su encuentro con Dulcinea en la cueva de Montesinos es la ocasión en que más clara y resueltamente se pone de relieve el cambio de actitud de Don Quijote sobre la certidumbre de sus visiones.

Juzgo oportuno advertir al lector que no hay otra aventura sobre la cual vuelva Cervantes con tal reiteración (68). Diríase —y es cierto— que le interesa extraordinariamente subrayar su importancia. Durante mucho tiempo me ha parecido casual esta coincidencia; hoy no la estimo casual. El relato que Don Quijote hace de su viaje al centro de la tierra es sumamente distinto al resto de la obra (69). Así, pues, muy a pesar de la inolvidable belleza de sus páginas, dado el carácter irónico, fantástico y allegadizo que envuelve la aventura, no puede menos de extrañarnos que Cervantes le haya dado tanta importancia. Recordemos la historia de los "encuentros" que Don Quijote tiene con Dulcinea. Son el destino de la ilusión humana y el núcleo vivo y ordenador de la segunda parte de la novela. Pues bien, desde este punto de vista creo que no admite duda el carácter central, suplicatorio y confirmador que tiene la visión de la cueva de Montesinos. En rigor, el sentido de esta aventura reside en el esfuerzo desesperado que realiza Don Quijote para engañarse sin saberlo; esto es, para hacer congruas, irrebatibles y verdaderas las mentiras de Sancho. Don Quijote, para ser Don Quijote, precisa a Dulcinea. Don Quijote, para creer en Dulcinea, necesita engañarse a sí mismo. Don Quijote tiene que humanizarse para poder engañarse a sí mismo sin mentir. Tiene que hacerlo humanamente. Sabe que no son ciertas las palabras de Sancho, y tiene que soñarlas para acabar creyendo en ellas.

Veamos un poco más cerca en qué consiste este *diálogo de la fe,* en el cual Don Quijote trata de convencerse a sí mismo de que ha sido verdad y no ilusión su encuentro con Dulcinea allá en la cueva de Montesinos. Recordemos el texto: "Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora cómo entre otras maravillas que mostró Montesinos (las cuales, despacio

---

(67) Tal vez dice como Antonio Machado:

En mi soledad
he visto cosas muy claras
que no son verdad. (Ob. completas, 289.)

(68) En todos los momentos decisivos de la segunda parte del *Quijote* se vuelve sobre el tema. Recordemos algunos: el final de la aventura de Clavileño, la pregunta de Don Quijote al mono adivino, la aventura de la cabeza encantada; la conversación de Sancho y la Duquesa, el retorno a la aldea y la enfermedad y muerte de Don Quijote.

(69) Distinto de tono, distinto de mundo poético, distinto de intención. Pudiera decirse que es una novelita caballeresca intercalada.

y a sus tiempos, te las iré contando en el discurso de este viaje, por no ser todas de este lugar) me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hallamos a la salida del Toboso? Pregunté a Montesinos si las conocía; respondióme que no, pero que él imaginaba que debían ser algunas señoras principales encantadas que pocos días había que en aquellos prados habían aparecido" (70). Y bien, mi señor Don Quijote, ya has situado a Dulcinea en el paraíso del ideal caballeresco, tratándose de tú a tú con Durandarle y con Belerma. Ya has dado existencia histórica a tus figuras de ficción (71). Ya has dado realidad a Dulcinea y a los amores de Don Quijote con Dulcinea. Ya está todo resuelto. Pero a Sancho, que había inventado este encantamiento, no le parece cuerda, ni prudente, la solución de Don Quijote: "Oh, santo Dios —dijo a este tiempo y dando una gran voz Sancho—, ¿es posible que tal haya en el mundo y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura?" (72). ¡Ay, Sancho, Sancho! ¿Adónde vamos a parar? Deja en su sitio a los encantos y a los encantadores. Deja que crezca la yerba en el tejado de Don Quijote. Bien está Dulcinea donde la ha puesto el caballero. Sí, todo está bien, pero el nudo que ha apretado Cervantes entre los dos protagonistas ya no se va nunca a desatar. Sabemos que en la primera parte de su historia domina en Don Quijote la vertiente del quijotismo y en la segunda parte domina la vertiente del quijanismo. Sabemos que en la primera parte la fe de Don Quijote es animosa, segura y plenamente confiada; que en la segunda parte la fe de Don Quijote suele desfallecer. Sabemos que en la primera parte de su historia Don Quijote es un loco, y en la segunda parte, Don Quijote es un crédulo. Su voluntad de creer se ha hecho más viva y más intensa; su confianza en sí mismo y en su interpretación del mundo ya es decreciente. Diríase —y es cierto— que ahora la fe de Don Quijote no tiene más que un ala: sólo se apoya en la esperanza. Nuestro héroe necesita el apoyo de Sancho para confirmarse en su verdad vital (73), porque la fe entra por el oído.

---

(70) *Quijote,* II, cap. XXIII.

(71) Este es el hecho fundamental que da sentido al *teatro en el teatro* cervantino. En la segunda parte del *Quijote* todos los personajes principales aparecen doblados o desdoblados, siendo al mismo tiempo los protagonistas literarios de la primera parte del *Quijote* y los seres de carne y hueso que postulan el parecido o la falta de parecido que su biógrafo o historiador les ha dado.

(72) *Quijote,* II, cap. XXIII.

(73) En la segunda parte de la novela Sancho comienza a formar parte

Pero Sancho también ha comprendido la importancia de su nuevo papel. Se ha convertido en empresario de la imaginación de Don Quijote y para hacerse valer vuelve de cuando en cuando a las andadas. Recordemos la famosa aventura del titerero y el mono adivino: "Con todo eso querría —dijo Sancho— que vuestra merced dijese a Maese Pedro preguntase a su mono si es verdad lo que a vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos, que yo para mí tengo, con perdón de vuesa merced, que todo fué embeleso y mentira, o a lo menos cosas soñadas" (74). En la primera parte de la obra, tanto en el tono en que habla Sancho como la duda que manifiesta, habrían airado a Don Quijote. Ahora contesta prudente y mesurado: "Todo podría ser —respondió Don Quijote—, pero yo haré lo que aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo" (75).

Y bien, mi señor Don Quijote, ¿es posible que dudes de lo que vieron tus mismos ojos en la cueva de Montesinos? (76). No podemos creerlo. Vacilar no es dudar. La vacilación se refiere a la voluntad y la duda a la inteligencia. No es igual una cosa que otra. La voluntad puede rendirse al cansancio, puede rendirse sin ceder; la inteligencia, no. Vacila nuestro héroe y esta vacilación se refiere nada menos que a su encuentro con Dulcinea. Quisiera comprobarlo (77), mas no le brinda certidumbre la respuesta del mono adivino. La evolución del carácter de Don Quijote sigue verificándose paso a paso y cada vez de manera más precisa y acentuada. Tenga en cuenta el lector que en la segunda parte de su historia la visión quijotesca del mundo es *inventada* por los que le rodean. Ahora ya Don Quijote no descubre su propio mundo,

---

de la verdad vital de Don Quijote; se convierte en el héroe de la invención de Dulcinea.

(74) *Quijote* (II, XXV). La respuesta va a ser siempre la misma: "El mono dijo que parte de las cosas que vuesa merced vió o pasó en la dicha cueva son falsas y parte verosímiles, y que esto es lo que se sabe y no otra cosa en cuanto a esa pregunta."

(75) *Quijote* (II, XXV).

(76) Estas son las palabras cervantinas, las irónicas palabras cervantinas para certificarnos que Don Quijote se encontraba despierto o, si se quiere, que soñaba despierto: "Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos para certificarme si era yo mismo el que allí estaba o alguna fantasma vana y contrahecha; pero el acto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora" (II, XXIII). ¡Oh ironía cervantina! Del mismo modo que hemos visto a Don Quijote soñarse loco en las penitencias de Sierra Morena, ahora le vemos soñarse despierto en la cueva de Montesinos: un loco dentro de otro loco y una vigilia dentro del sueño. No está mal. La enseñanza siempre es la misma. Es necesario atender a la totalidad de estas perspectivas. Su interacción constituye el pensamiento de Don Quijote, que en realidad no sabe si vió despierto o vió dormido a Dulcinea.

(77) Pero ¿no habíamos quedado en el *Quijote* de 1605 en que la comprobación de la verdad era cosa de mercaderes? Ahora la necesita Don Quijote.

no ve su propio mundo, aun cuando sigue creyendo en él. Don Quijote es un crédulo cuya fe personal necesita apoyarse en el prójimo.

Sigamos viendo otros ejemplos que nos muestren la trama de este proceso de desfallecimiento y renovación de la verdad vital de Don Quijote. Cuando en la comedia organizada por los Duques viene Merlin, diabólico y profético en su carro, para anunciar al mundo el desencanto de Dulcinea, Cervantes describe de este modo el estado de ánimo de sus protagonistas: "Renovóse la admiración en todos, especialmente en Don Quijote y Sancho; en Sancho, en ver que, a despecho de la verdad, querían que estuviese encantada Dulcinea; en Don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad o no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos" (78). Nos encontramos, por consiguiente, ante un Don Quijote nuevo que no se atreve a confiar, de todo en todo, en su ilusión, muy a pesar de que cuantos le hablan le confirman en ella. Nos encontramos ante un Don Quijote que no se atreve a soñar, que no se atreve a decidir por sí mismo si su encuentro con Dulcinea fué vivido o soñado. Es indudable que conserva su fe, pero viviéndola humanamente, esto es, haciéndola de nuevo hora tras hora y día tras día (79).

En ocasiones, su recuerdo del encuentro con Dulcinea se adelgaza casi a punto de desaparecer. Lo que su fe tiene de asentimiento sólo se apoya entonces en la esperanza (80). Y es cierto que no duda, pero desfallece, se sostiene en el aire como un puente colgante. Tal sentido tienen las palabras entrecortadas de ilusión e insinuantes de mentira que dice a Sancho en el final de la aventura de Clavileño. Sancho ha tenido ilusiones, ha tenido visiones muy parecidas a las suyas en la cueva de Mon-

---

(78) *Quijote* (II, XXXV).

(79) Tal vez sea conveniente diseñar el esquema de esta vacilación de la fe de Don Quijote. En la primera parte de su historia la fe de Don Quijote encuentra pleno asentimiento de todas sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad. En la segunda parte, la fe de Don Quijote pierde evidencia intelectual, aun cuando nunca dude entre verdades diferentes. Desde el punto de vista de la voluntad, la fe de Don Quijote tiene momentos no de cansancio, pero sí de desfallecimiento, por lo cual Don Quijote vuelve la vista a la memoria para encontrar en ella asentimiento y certidumbre. De aquí procede la extraordinaria importancia que se concede al hecho de su encuentro con Dulcinea en la cueva de Montesinos.

(80) Es curioso que hayan sido citadas las palabras de Don Quijote al volver de la cueva de Montesinos como prueba de la certificación de la realidad por la experiencia: "Despabilé los ojos, limpiémelos y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto; con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos para certificarme si era yo mismo el que allí estaba o alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy ahora." Se ha dicho que en este pasaje Cervantes precede a Descartes en su "yo pienso, luego soy"; a lo cual responde Américo Castro que ésta es afirmación ligera, pues Cervantes se limita a hacer constar experimentalmente la identidad de la persona pensante.

tesinos (81). Las describe con palabra encendida, quijotizada y jubilosa ante la risa de los oyentes. Don Quijote no acaba de creer en lo que dice Sancho. Podría aceptar tales visiones si fuesen meramente ilusivas —esto es lo quijotesco—; pero, además, son verdaderos dislates. Su inteligencia no puede darles asentimiento. Su voluntad, en cambio, quiere adherirse a ellas, necesita creerlas. Y otra vez vuelve a repetirse la escena honda, humanísima y alucinante del "engaño buscado". Es preciso creer a toda costa. Es preciso inventar el espejismo de la verdad. Es preciso crear nuestra verdad. Y llegándose Don Quijote a Sancho, díjole al oído: "Sancho, pues vos queréis que os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis lo que vi en la cueva de Montesinos, y no os digo más" (82). ¿En qué región del alma nace este pacto? ¿Qué insinúa Don Quijote con él? Nada más que una cosa: necesita el asentimiento de Sancho para creer. Le propone un convenio. No miente Don Quijote pero induce a mentira, pues necesita ser engañado. Lo más vivo y vivificante que hay en él se llama Dulcinea. Lo más vivo y vivificante que hay en él es algo que no existe. No nos puede extrañar. Lo que puede tocarse con las manos no satisface la ilusión del barbero, menos puede bastarle a Don Quijote. Dulcinea representa lo necesario inexistente, lo que nos constituye y sólo tiene realidad en nuestro corazón, lo que nos hace ser lo que somos, y por ello queremos compartirlo con los demás igual que se comparten el pan y el vino. Nadie podrá negarle a Don Quijote este derecho.

A veces, también esta vinculación, este recuerdo de Dulcinea, se hace dislacerante y doloroso. Don Quijote, en la segunda parte de su historia, ya no puede vivir desde sí mismo. Ya ha dejado de ser adolescente (83). Necesita ser hombre, comunicarse, derramarse. Necesita creer comunicativamente, y Sancho, terrenal y bondadoso, va a servirle de Cireneo. Hasta el fin de su historia va a acompañarle esta actitud. Cree en su fe voluntariosamente, comunitariamente, levantándose a ella, resucitando a ella. Cuando en la casa de Don Antonio Moreno se asoma al borde mismo de su vida, para preguntar a la cabeza encantada si fué cierto su encuentro con Dulcinea, sus palabras tienen un acento balbuceante y heridor: "Dime tú, el que respondes, ¿fué verdad o fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos?" (84).

---

(81) El paralelismo entre esta aventura y la aventura del caballo Clavileño ya ha sido subrayado por Casalduero.

(82) *Quijote* (II, XLI).

(83) Véase el capítulo de nuestro libro titulado *La adolescencia de Don Quijote.*

(84) *Quijote* (II, LXII). Es sumamente curiosa la construcción de la frase. La oración: "el que respondes", subraya el carácter personal y concreto del sujeto a quien se interroga y refuerza el dramatismo de la pregunta de Don

Y bien, mi señor Don Quijote, ¡ya era hora de arrostrar la verdad! En la primera parte de tu historia tu fe era gratuita. Te bastaba mirar para creer. Tu vida entonces era un milagro o era un sueño. Ahora has ido llegando poco a poco y paso a paso a tu altura de hombre. La fe no aisla, comunica. A medida que tu fe se fué haciendo más tuya precisabas comunicarla. Ya no puedes creer desde la soledad. No ves tan claro como antes. Ya no eres propiamente Don Quijote, sino Alonso Quijano. Has descubierto tu corazón a la luz del prójimo. Has llegado a la misma conclusión que el poeta:

En mi soledad
he visto cosas muy claras
que no son verdad (85).

Sí, sólo el sueño de dos es verdadero. El prójimo nos brinda el espejismo de la verdad. Esta es la gran lección del quijanismo; esta es la gran lección de la comedia de la felicidad, cuyo telón baja ahora lentamente ante nuestros ojos.

Luis Rosales.
Altamirano, 34.
MADRID

Quijote. Este es uno de los momentos de mayor intensidad de la novela. Añadiremos que el que responde a estas preguntas, definitivamente, es sólo Dios Nuestro Señor.

(85) Véase Antonio Machado: *Obras completas* (pág. 289).